



DEL BULEVAR DE MONTPARNASSE A LA CALLE MIRAFLORES

Pocos saben que Juan Emar, el seudónimo literario que se inventó en París, en la primera postguerra, Alvaro Yáñez, hacía referencia a la expresión francesa "j'en ai marre", que significa: eso me fastidia, o eso me aburre, me da lata. A Neruda le gustaba comentar el origen de ese nombre. Era todo un símbolo, una forma de rechazo del mundo. Neruda había participado de esa mentalidad en la época de **Residencia en la tierra**, durante sus años de cónsul en el Extremo Oriente. El testimonio más típico era su célebre poema **Walking around**:

"Sucede que me canso de ser hombre,
Sucede que entro en las peluquerías y
en los cines..."

Por mi parte, no sólo recibía noticias de Pilo (Alvaro) Yáñez, vale decir, de Juan Emar, por mis amigos escritores. Una hermana de mi abuela materna, mi tía Fanny Lira, que vivió largos años en París, casada con un personaje de nombre ilustre y de costumbres más bien excéntricas, conoció muy bien a don Eliodoro Yáñez, a Pilo, su hijo, y a toda la familia. De regreso en Chile, después de la estrepitosa caída en desgracia de su marido, mi tía Fanny, que miraba mis inclinaciones literarias con una tolerancia desusada en el resto de la familia, me contaba historias de escritores que había conocido o por lo menos visto de lejos en su larga vida en Francia.

Con la perspectiva de ahora me doy cuenta de que la galería de retratos de mi tía Fanny era impresionante. Brotaban de su conversación sin el más mínimo efectismo, con la mayor naturalidad.

Ella había frecuentado a don Alberto Blest Gana hacia el final de su vida. Había visto a Vicente Huidobro en su departamento de Montmartre, al lado de un cabaret cuyo bullicio infernal recordaba como si lo estuviera escuchando. Un día, a propósito de una referencia mía a Marcel Proust, dejó caer con toda tranquilidad: "Proust era vecino nuestro en el bulevar Haussmann. Era un señor de aspecto huesudo, muy pálido, y siempre tenía unos pedazos de algodón que le asomaban entre el cuello de la camisa y la piel. Solíamos encontrarnos en la fiambrería de la esquina, y saludaba con muy buena educación".

Cuando yo le observaba que ese señor Proust, antiguo vecino suyo, era uno de los más grandes escritores contemporáneos, mi tía Fanny levantaba la vista y

me miraba con atención, entre sorprendida e incrédula.

Si alguien le hubiera dicho que Pilo Yáñez, bajo el seudónimo de Juan Emar, era un escritor notable, el escepticismo de mi tía Fanny habría sido absoluto. Que le hablaran de Anatole France, de Paul Bourget. ¡Eso sí que eran escritores! Pero don Alberto Blest Gana, un caballero muy respetable; Vicente Huidobro, un muchacho alocado; el señor Proust, su vecino, el de los algodones protuberantes, y para qué decir Pilo Yáñez, el hijo de don Eliodoro...

Ella contaba que Pilo Yáñez, cada cierto tiempo, decretaba en forma tajante: "Me siento peludo". Acto seguido, se encerraba en su habitación y permanecía metido en cama un mes completo. El administrador de las extensas propiedades agrícolas que había heredado de don Eliodoro tenía instrucciones de ir vendiendo algunas hectáreas y de hacerle remesas de fondos. Sólo se salvaron, al cabo de los años, los papeles que Juan Emar había escrito en esos períodos de reclusión voluntaria. Sobre todo, algunos cuentos de antología, dignos de un Kafka criollo, incluidos en **Los diez**.

Esa generación de Juan Emar o Alvaro Yáñez, de Luis Vargas Rozas y Henriette Petit, de Camilo y Maruja Mori, de Acario Cotapos, que se había enquistado en el Montparnasse de los años veinte y treinta, fue dispersada por los acontecimientos europeos y aterrizó en Santiago en los primeros años de la segunda guerra. Sufrían en alguna de sus formas agudas de la enfermedad, tan chilena y sudamericana, que alguien bautizó con el nombre de "parisitis". Cuando volví después de haber sido cinco años secretario de la embajada chilena en París, Luis Vargas Rozas y Henriette Petit, a quienes encontré en una exposición de pintura, me miraron con aire de consternación. Henriette dijo: "Il sera malheureux, le pauvre!". Ellos habían regresado hacia un cuarto de siglo, y todavía no se resignaban. En mis excursiones iniciales por los lugares sagrados de la sociedad literaria santiaguina, llegué muy pronto al café Miraflores, en plena calle Miraflores. El Miraflores era un refugio de intelectuales españoles emigrados y de artistas chilenos que habían tenido que abandonar su residencia en Montparnasse. Algunos de estos últimos habían viajado a España durante la guerra civil y habían colaborado en una u otra forma con las armas de la República. No sé si todavía existe una fotografía de Acario Cotapos, bajo y rechoncho, con boina y arcos de miliciano, oteando el cielo de Madrid y provisto, en la mano derecha, de un enorme fusil destinado a repeler, supongo, los ataques aéreos. Acario era otra de las víctimas de la parisitis, pero había corrido a Madrid durante la guerra y había terminado por aterrizar en el café de la calle Miraflores, que regentaba un emigrado vasco, buen conocedor de los pilpiles y otras especialidades de su tierra: el señor Berasaluce.